

## GHANA, EL AFRICA NEGRA Y LA COMMONWEALTH

Ghana acapara, desde hace un año, el primer plano internacional por ser el primer estado negro-africano surgido tras la contienda mundial y por la propaganda efectuada de su «madurez democrática». En cierta forma, viene a simbolizar la culminación de toda una época, la colonialista, y la aparición de otra evolución pacífica hacia la independencia de amplias zonas del Ecumene. Se impone la idea de negociar con paciencia, en una atmósfera de «buena fe recíproca» con los pueblos que se consideran evolucionados suficientemente para advenir a la autodeterminación.

La causa efectiva de la emancipación reside tanto en la presión nacionalista de los países dependientes como en el debilitamiento de las metrópolis como consecuencia de la pugna internacional. Se produce, de tal modo, una «acomodación»—en términos de Reucek—a las actitudes imperantes. Y hoy el mundo se rige por una postura firmemente anticolonialista. Los Estados Unidos han sido el acérrimo defensor de la «soberanía y libertad» de los pueblos colonizados, tesis que ha sostenido en la O. N. U. frente a sus propios aliados y a cuya vigencia se debe, fundamentalmente, la oleada de autonomías e independencias otorgadas a los países afro-asiáticos. De esta misma tesis participa la U. R. R. S., a partir de 1955 en que se observó una clara modificación de la política soviética respecto a los nacionalismos afro-asiáticos que, hasta entonces, parecían rebeldes a su adhesión al comunismo. En consecuencia, cesaron de atacar a los movimientos nacionalistas, proclamando se resolución de observar escrupulosamente la coexistencia, no intervención y cooperación económica y cultural. En esa línea, Molotov, en su alocución al XX Congreso del Partido Comunista, dió interesantes detalles al referir como «se está efectuando la desintegración del sistema colonial» apelando a la necesidad de «apoyar a los países no socialistas que se oponen a los bloques militaristas opuestos a los intereses de la paz», propugnando movimientos subversivos que, bajo el signo nacionalista, sirvieran a los intereses del mun-

do comunista. Y en la Declaración de la Agencia Tass sobre la política americana en Próximo y Medio Oriente (13 de enero de 1957) se afirma: «La Unión Soviética se pronuncia resueltamente contra toda manifestación de colonialismo. Fiel a los grandes principios leninistas del reconocimiento del derecho de los pueblos a su desarrollo independiente, considera como una de sus tareas más importantes aportar la máxima ayuda y apoyo a los países que luchan por el reforzamiento de las independencias nacionales». La U.R.S.S. se adapta, así, al papel protector de los pueblos «oprimidos» cuando los hechos demuestran que pese a los atropellos, injusticias y abusos cometidos por el colonialismo en el pasado es lo cierto que en el momento presente la acción europea en Africa, como en otras partes del mundo, ha elevado su nivel material. Pero en los pueblos que han sido dominados por los Imperios coloniales, toda postura anticolonialista es, inmediatamente, acogida con el máximo fervor. Como lo fué en la Conferencia de Bandung que condenó «el colonialismo bajo todas sus formas» especialmente por 28 naciones afroasiáticas que, en último término, debían su independencia a la postura norteamericana, aunque su política provoca la suspicacia.

Picard afirma que la libertad sólo es posible cuando los objetos son claros. Pero no es este el caso del Africa de nuestros días, donde al ansia legítima de autodeterminación se mezcla un ingrediente de desprecio al europeo. Quien conozca los hechos históricos de la última centuria puede hallar justificada la génesis de ese sentimiento. Los africanos que han vivido la existencia europea (soldados, estudiantes, etc.) han calado en las debilidades del alma occidental. Han conocido, por el contacto directo, las íntimas lacras de quienes, en las antiguas colonias, se arrogaban el papel de representantes de la civilización. En urbes africanas han observado cómo en los barrios indígenas, blancos sumidos en el vicio y la miseria disputan al africano una mujer o un empleo. Con ello ha decaído, forzosamente, su prestigio. El africano ha conocido una Europa en su declive, presa de luchas intestinas que perjudican su porvenir y su unidad. Ha visto a los ingleses disputar a Italia el Africa Occidental y hacer detener a los civiles italianos por sus tropas en Kenya. Francia ha impuesto el orden en la Kasbah argelina utilizando tropas senegalesas y he hecho intervenir en sus huelgas soldados de color. Ha sido testigo de cómo se exaltaba la resistencia a la ocupación extranjera y se destrozaban los europeos entre sí. De estos hechos y otros parecidos ha surgido su posición de desprecio, primero, y de hostilidad más tarde. En Africa en las últimas décadas se han producido íntimos contactos de las masas rurales con los centros urbanos, y un entrenamiento en la vida política

promovido por los occidentales que los han adiestrado en sus propias técnicas otorgándoles títulos universitarios y capacitándoles profesionalmente, de tal forma, que las ideas que ahora esgrimen contra el Occidente, en él las han recibido.

Y Ghana es uno de los países africanos a quienes la marea autonomista ha alcanzado demasiado pronto. No presentaba, posiblemente, las características de estabilidad política deseables ya que no han sabido asimilar la tradición de una sabia administración ni su vinculación a los principios democráticos. Pero las circunstancias internacionales impelían a su elevación al rango de nación libre y soberana y el gobierno británico ha obrado, indudablemente, con habilidad al eludir el profundo problema del nacionalismo para transformar en Estado encuadrado en la Commonwealth lo que era una colonia de la Corona. Fué esta una determinación que, tal vez, despertara hondas preocupaciones en sus gobernantes, pero que debía ser aceptada para eliminar elementos de discordia, incluso en el seno del propio Occidente. Como un síntoma puede considerarse el que en la prensa americana aparecieran elogiosos comentarios para la determinación británica de conceder tal independencia y se llegara a compararla con la declaración de Independencia de los Estados Unidos en 1776.

La realidad es que Ghana ha advenido a la independencia, sin haber completado su ciclo evolutivo. Había, ciertamente, logrado apreciables progresos en la preparación de sus poblaciones nativas. Pero, así como un axioma biológico afirma que *Natura non fecit saltus*, tampoco la naturaleza política del individuo se improvisa, sino que es producto de una larga preparación. En Ghana— como en el resto de Africa negra— se han introducido repentinamente una serie de conceptos democráticos—Parlamento, Partidos, Prensa libre, etc.—que se han instalado «sobre» la conciencia del nativo sin haber llegado a enraizar en ella. Los resortes que mueven el alma negra no son, evidentemente, los mismos que polarizan la del europeo. El «partido político», tal como lo concebimos los occidentales, carece de su significación profunda. Es la tribu, la secta, la familia, el clan, el que vincula su atractivo en las grandes masas. No en vano en muchas de las elecciones verificadas en el Africa negra las urnas de cada uno de tales «partidos» se decoraban con emblemas que los expresaban: un león, una lamba, etc., lo que era motivado no tan sólo por el analfabetismo de las poblaciones, sino porque la psique africana está modelada, fundamentalmente, en el simbolismo.

En Ghana falta la unidad. Es un país de una diversidad étnica y geográfica muy notable. Puede argüirse que en los Estados europeos suele ocu-

rrir otro tanto. Pero no debe olvidarse que los Estados modernos han ido superando, en el transcurso de siglos de historia, la noción de la nacionalidad vinculada al estrecho límite de la tribu o de la ciudad (Venecia, los Estados Hanseaticos, etc.) mientras que Ghana es un Estado recién nacido a la historia, fragmentado por sentimientos tribales opuestos y carente de una auténtica conciencia nacional. Se comprende así el intenso esfuerzo desplegado por el doctor Nkrumah en realzar aquellas características, siquiera sean meramente externas, que puedan contribuir a dar un sello de originalidad a su país. Así tenemos su sistemática aparición en público, principalmente en el extranjero o ante extranjeros, vistiendo el ropaje tradicional. O su decisión de participar en las ceremonias fetichistas, implorando a los manes ancestrales, antes de intervenir en las últimas elecciones.

No, evidentemente, no existe una conciencia nacional ni tampoco una cultura autóctona lo cual es de máxima importancia si consideramos que en las condiciones en que ha surgido a la palestra internacional una definición en tal sentido implicaría un valor transcendente para toda el Africa subsahariana. En esta faceta, Ghana y otros pueblos negroafricanos, ¿han de considerarse como herederos de su propia cultura tradicional (adoptamos el término cultura en su amplio valor sociológico) o ingresan en la vida internacional dotados del espíritu occidental característico de nuestra Era? El problema es de gran envergadura. En el congreso de Intelectuales negros de París, Mr. Wright, americano, al oír las alabanzas de sus colegas acerca de la cultura negroafricana exclamaba: «En tal sociedad me encuentro a disgusto». El mundo negro, Ghana en primer lugar, por ser la avanzada de la independencia, se debate ante el dilema que el propio Mr. Wright señalaba para su cultura. «¿Debemos trazar una circunferencia alrededor, alzando un fuerte occidental para protegerla y dejarla intacta? ¿O debe esta cultura sufrir el destino de todas las culturas de género poético e indígena de *ir por la borda*?» Es una trágica disyuntiva esta de tener que improvisar un concepto de la vida para justificar el disfrute de una personalidad.

Ghana es un estado ficticio fundamentado en la artificial y forzada integración de pueblos colindantes radicalmente diferentes. Los pueblos Ashanti y del Norte siguieron en sus peticiones de secesión de un futuro Estado de Ghana hasta el momento mismo de proclamación de la independencia. Ese movimiento centrífugo, autonomista, lejos de acallarse ha aumentado en los últimos meses. Los Ga, Adangbé y los Ewe del Sur han formado, desde entonces, asociaciones para la defensa de sus intereses que consideran atropellados por el Poder Central. Y como otra significativa manifestación de insuficiente

preparación para la vida internacional pueden considerarse sus claros intentos anexionistas de los territorios vecinos. Ghana no escapa a la fiebre anexionista—imperialista más bien—que aqueja a todas las naciones independizadas en la postguerra. Recordemos la pretensión de Indonesia sobre Nueva Guinea, de Marruecos sobre Mauritania, de la India sobre Cachemira, etc. Así Ghana ha expresado, claramente, su deseo de incorporar los territorios vecinos: Togo, Costa de Marfil y territorios del Oeste africano. El 23 de abril del pasado año, tras de su viaje al territorio, el doctor Nkrumah declaraba: «Nuestros hermanos de la Costa del Marfil están dispuestos a marchar con nosotros». Por esto la independencia de Ghana constituye una amenaza para los territorios franceses del Africa negra. El doctor Nkrumah piensa que el aislamiento económico actual del Togo francés no se romperá más que inclinándose hacia el sistema más dinámico y elástico de Ghana. Esto explica su dura represión a los togoleses ex-británicos que rehusaban la integración el mismo día de las fiestas de la Independencia. Así declaró Nkrumah que aceptaría de buen grado la incorporación de todos los togoleses en la República de Ghana, pero que jamás consentiría la evicción de la región Ewe para su reunificación en otro Estado. Tal conducta, contraria a todo principio estrictamente democrático, al exacerbar la oposición al Gobierno del doctor Nkrumah ha requerido el apoyo de poderes puramente dictatoriales para el Primer Ministro. La aprobación, a finales de 1957, del «Acta de Poderes de Emergencia» es una medida antiliberal que implanta, virtualmente, la tiranía. A los pocos días de promulgada se aplicaba en Kumasi, capital del país Ashanti, procediéndose a la exclusión de individuos del área y a su subsiguiente detención.

Y si la existencia del Estado de Ghana es factor perturbador en la vida de los pueblos que en él se hallan encuadrados artificialmente y de los territorios limítrofes, otro tanto ocurre respecto a la armonía de la Commonwealth. Vamos a detenernos en el examen de algunos puntos conectados con este problema. El artículo 1.º de la Constitución estipula que «Ghana es Estado independiente dentro de la Commonwealth con la Reina como soberana». Este es un artículo—el primero— de la Constitución libremente aprobada. Pero pocos días después de festejada la independencia, el Gobierno estima oportuno reemplazar la efigie de Isabel II por la del doctor Nkrumah en los sellos de Correos, billetes de banco y moneda. ¿Es una forma de acatamiento a la Soberana? E inmediatamente se propala el deseo de erigir en República al Estado. No es ello un obstáculo insuperable porque una breve consideración muestra que el concepto de la Commonwealth de Balfour ha cambiado,

en pocos años, en aspectos tan vitales que ha debido ser remodelada. En las autorizadas palabras de Mr. R. G. Menzies, Primer Ministro australiano, «La fórmula de 1926 de la Commonwealth cuando definía el *status* de los Dominios como «comunidades autónomas no subordinadas una a otra», también usaba expresiones de gran significación coherente; eran «en el Imperio británico», «una común lealtad a la Corona» y «Comunidad británica de naciones».

Fué en 1948 cuando se produjo un hecho significativo en la Commonwealth. La India se constituyó en República, pero permaneció como miembro de aquélla, y reconocía al Rey como «cabeza de la Commonwealth». Con ello surge su nuevo concepto. La circunstancia de que varios miembros—India, Pakistán—sean actualmente Repúblicas y otros lo puedan ser en el futuro—la Unión Sudafricana—hacen que el Trono es aún un centro constitucional, pero los vínculos con él no pueden ser la fuente de la Unidad. Como cabeza de la Commonwealth, la Reina solamente simboliza una vida corporativa en la que concuerdan todos los miembros. Pero, fundamentalmente, la Commonwealth es una sociedad de apoyo mutuo que si antes se concebía en términos de estrategia, ahora reviste la forma económica principalmente. Así la preferencia imperial—la mutua concesión de tarifas inferiores a las generales—es coextensiva con la Commonwealth aunque no lo sea el área esterlina. Es decir, que si bien contradiciendo el mencionado artículo constitucional, el ansia republicana del doctor Nkrumah no supone factor exclusivo. Es altamente significativo, no obstante. Aunque la «lealtad común» de la antigua definición formal sufra una nueva embestida. Porque, aunque los intereses y afinidades de las naciones agrupadas no figuren concretamente en tratado o pacto alguno, existe un cierto espíritu en la Commonwealth que le permite superar los problemas. Es lo que expresó Churchill diciendo: «los vínculos que nos unen, aun cuando flexibles y elásticos, son más duros y fuertes que el acero».

Pero la inclusión de Ghana en la Commonwealth sugiere otros diversos matices especialmente sutiles de gran importancia práctica. En primer término sus relaciones con el Reino Unido pueden considerarse como diferentes a las de Australia o Nueva Zelanda, por ejemplo, puesto que la Corona allí no posee el mismo significado. Que la Reina sea la cabeza de la Commonwealth es un hecho de indudable valor. Pero el nuevo nombre no asegura la continuación del significado que implica la institución de la Corona aceptado por los países tradicionalmente vinculados a su lealtad y, en segundo lugar, Ghana, en el seno de la Commonwealth es factor altamente disgregado.

De momento ha bastado su ingreso para que se manifieste, de modo ostensible, la repulsa de un Estado, Sudáfrica, cuyo alto nivel y notable contribución al progreso de la civilización occidental no debe ignorarse. Y como el ejemplo de Ghana sienta un precedente, en breve plazo otros territorios africanos, que tampoco han llegado a la madurez política, van a ser erigidos en Estados independientes e ingresar en la Commonwealth. Esta afluencia, ¿no podrá variar, sustancialmente, el espíritu de la Comunidad? No obstante, cabe esperar que pronto sea superado, usando la terminología británica, el período de transición entre los gobiernos plenamente representativos y los gobiernos plenamente responsables. La autonomía colonial no debe considerarse tanto en su aspecto de creación de naciones, como en el de asociación de razas para el cumplimiento de unos fines claramente superiores.

JULIO COLA ALBERICH.

